

Gustavo Zubieta Castillo:

Una entrevista con Mr. Sherlock Holmes

El misterioso Londres

Londres es una ciudad donde sus laboratorios de investigación hacen grandes descubrimientos científicos; pero sus adelantos no sólo se refieren al campo científico, sino también al de la metafísica, donde las verdades alternan con los hechos misteriosos y la ficción. La historia de la Torre de Londres alberga muchas contingencias que no tienen una explicación como para aceptar que son fenómenos normales. Sus castillos encierran misteriosos acontecimientos que se presentan el momento menos esperado desde la época de los caballeros de la mesa redonda. Cualquier noche, en uno de tantos castillos, cuando el reloj del campanario de la torre del Big Ben anuncia la media noche se escucha el resonar de los cascos de un bruto caballo y el metálico ruido del choque de la armadura de un caballero medieval que cruza lanzas con su homólogo en un torneo a muerte. Si en una de estas raras ocasiones algún intruso curioso e imprudente se encuentra por los tétricos corredores, al día siguiente es encontrado muerto sin una explicación razonable de su trágico destino. De noche en los oscuros suburbios cubiertos por el manto de la niebla londinense, suele todavía cometer un crimen el espectro de Jack el Destripador. De la misma manera que todavía se puede encontrar en las noches de luna llena al lobo del Dr. Jekyll, persiguiendo a una víctima.

Sus museos albergan curiosas reliquias que existen desde la época de los egipcios, con talismanes y amuletos de propiedades bienhechoras que anuncian el encuentro con un tesoro. Tablas de jeroglíficos con maldiciones de los faraones pronostican una tragedia, que se cumple irremediablemente.

Encontrarse en el vórtice de estos hechos misteriosos materializados ocurre sólo ocasionalmente, en determinado día y hora. Es como la probabilidad de "sacarse la lotería de uno en varios millones. Uno de estos extraños acontecimientos ocurrió en una visita al museo del famoso detective Sherlock Holmes, en la calle del Panadero (Baker Street) en Londres.

Capítulo I

Desde hace algún tiempo, había estado sufriendo los ataques y la conspiración de la banda de la "Sala de Billar", que había adquirido notoriedad por sus prácticas delictivas que no eran comunes, pues entre sus miembros figuraban impostores con un barniz de personas notables y con gran prestigio. Se conferían entre ellos diplomas, distinciones y condecoraciones con lo que lograban engañar a la mayoría de la gente común. Los que se daban cuenta, eran intimidados y se callaban para no sufrir la enemistad y el odio de la banda que, para ejecutar venganza se servía de gente servil e incauta. La policía local tampoco había podido descubrir el comercio de ciertos productos ilegales con los que financiaban sus actividades ilícitas.

Como me encontraba en la ciudad de Londres, me acordé que la casa de Mr. Sherlock Holmes (Consultant Detective) se encontraba en la calle Baker N° 221b; opté por ir a visitarlo. Era una oportunidad que se presentaba para consultar personalmente al famoso detective, y como mi Hotel se encontraba a no más de unas 10 cuadras, decidí ir caminando. Llegué al lugar cuando el reloj de la Torre de Londres marcaba las 11 de la mañana. Transcurría el mes de Octubre y caía una incesante llovizna, por lo que protegido por el paraguas, hice sonar la campanilla de la puerta.

La ama de casa provista de un mandil con algunos encajes blancos y un coquete gorrito me abrió la puerta. ¿Está Mr. Holmes? -pregunté- (naturalmente en inglés). Ella simplemente, me respondió: Pase -.

Unos instantes después subía los escalones e ingresaba a la salita que está ubicada en el segundo piso. Como ya me encontraba en su interior, la Sra. Hudson giró sobre sus talones y abandonó el recinto dejándome solo y liberado a mi propia iniciativa para desenvolverme en la misma. Las llamas del hogar



chisporroteaban alegremente y se sentía un calor agradable que inundaba toda la habitación. Yo me puse a examinar la disposición de los muebles, los objetos que se encontraban en los estantes, cuadros y retratos, recuerdos de algunos casos célebres en el mundo del delito, piezas de museo referentes a criminales, objetos de diversa naturaleza, y armas utilizadas por los criminales. Una colección de pipas de diversa forma y tamaño, se encontraba en el aparador. El violín y el arco se encontraban fuera de la caja; probablemente él estuvo ejecutando una sonata, unos instantes antes de que yo llegara.

Junto a otros objetos, no menos interesantes para mí, se encontraba en la repisa su lupa para examinar las huellas digitales dejadas en el lugar del delito. Mr. Holmes no se mostraba aún a mi vista, mientras yo iba satisfaciendo mi curiosidad observando todo lo que podía. Junto a la mesita de la lámpara se encontraba su sombrero y al frente el sombrero en hongo del Dr. Watson; por lo que colegí que probablemente en estos momentos ambos amigos se encontraban conversando en la otra habitación y éste era el motivo de su tardanza para recibirme. Por lo tanto, para esperar, decidí sentarme en su sillón donde tantas horas pasaba sentado Mr. Holmes, contemplando las volutas de humo que se desprendían de su pipa y desentrañando los misterios de algún nuevo caso.

Me encasqueté impávidamente el sombrero de jinete. Tomé una pipa con adornos de marfil de la India, la sujeté entre los dientes, y busqué tabaco infructuosamente que supuse podría encontrar en las proximidades de la colección de pipas. Volví y me acomodé el asiento más cómodamente y me dejé llevar por mi imaginación, haciendo un repaso de las extensas aventuras de Mr. Holmes y el Dr. Watson, que en detalle las conocía.

Una niebla semejante a la que cubre las calles de Londres, se fue despejando de mi mente. La temperatura de la habitación se hacía más agradable y cubría mi cabeza por el sombrero, iba desapareciendo el frío que lo tenía calado en el cuero cabelludo.

Influido por el mágico ambiente empecé a pensar en el motivo que me había llevado a concertar una entrevista con el famoso detective de todos los tiempos. Los personajes de la banda de la "sala de billar", acudían a mi memoria y se hacían más descriptivos, y podía hacer deducciones más precisas: la banda debía tener tenebrosas ramificaciones, pues solo de esta

manera podía explicarse que sus ataques partieran de diferentes frentes. Una de sus consignas y objetivos era apropiarse por todos los medios posibles de todos los cargos disponibles para incorporar a sus miembros, entre otros delitos, como el de traficar con drogas peligrosas.

Algunos de la banda eran semejantes o coincidían, con los enemigos naturales del detective, como en el caso del Dr. Mortis, que trataba de vengarse por haber descubierto muchas de sus fechorías. Me acordaba perfectamente, en esos instantes, dice al Dr. Watson, refiriéndose al Dr. Grimesby Roylott: "Mi querido Watson, la violencia que se genera, vuelve contra la propia violencia y el promotor cae en desgracia en la misma trampa que ha creado para su semejante... estaremos a tiempo para prevenir un misterioso y horrible crimen. Lo suficientemente refinado y suficientemente horrible. Cuando un doctor va por mal camino es él que ocupa el primer lugar entre los criminales".

Las ramificaciones de la banda se extendían a la banda dirigida por el tenebroso enemigo de la sociedad apodado "espinilla" y la del temible bandolero "Soro-jchipillo". Estaba seguro que cuando yo relatará al detective los detalles del caso que me llevó a la calle Baker, él estaría perfectamente de acuerdo conmigo. Sentía la magia, de todos los elementos que me rodeaban, los muebles, el calor del hogar y estar en posición de todos los instrumentos con que contaba el detective, incluyendo un pequeño laboratorio de química y la amistad del Dr. Watson. Me sentía detective. Estaba en un estado de excitación y trataba de imaginarme que medidas más adecuadas me recomendaría para contrarrestar los efectos perjudiciales que podía estar planificando la banda de la "sala de billar". En ese instante ingresó en la habitación otra persona que hizo la misma inspección que yo hice cuando llegué al recinto. Encontró el sombrero en forma de hongo y rápidamente se lo puso en la cabeza mientras se levantaba las solapas para protegerse del frío de la calle. Yo inmediatamente pensé que se trataba, con mucha probabilidad, del Dr. Watson en persona. Al mismo tiempo, un detalle me hacía dudar, para estar completamente seguro de que me encontraba en presencia del compañero del detective: no tenía bigotes y no llevaba el malicín de médico de la época Victoriana. Me incorporé de un salto del sillón donde me encontraba para saludarlo, cuando... Ingresó la ama de llaves vestida elegantemente y con un abrigo carmesí de la moda de Invierno que, por largo, le llegaba al talón de sus zapatos de tacos altos; y con una sonrisa amistosa me dijo: -Señor, vamos a cerrar el musco-. Tomó del brazo al que yo suponía era el Dr. Watson, quien dejó el sombrero en la percha y ambos abandonaron el recinto. Yo seguí la misma ruta, y bajé las escaleras para emprender el camino de retorno al hotel.

(Continuará)